

Étienne NODÉ, *Essai sur les origines du judaïsme. De Josué aux Pharisiens* (Paris, Cerf, 1992) 296 p. ISBN 2-204-04493-8.

El autor, conocido por su trabajo de dirección en la publicación de la traducción y comentario al francés de las *Antigüedades judías* de Flavio Josefo, se enfrenta en este libro con la tarea de dar nueva luz sobre los acontecimientos históricos que marcan el origen del judaísmo, analizando el período que va desde el exilio en Babilonia (587 a. C.) hasta la toma del poder por los Asmodeos (150 a. C.). Con esta preocupación histórica estudia detenidamente los documentos que se poseen sobre este oscuro período, que son fundamentalmente la Biblia, F. Josefo y la literatura rabínica.

Los temas mayores en los que su estudio se detiene son: la vuelta del exilio, con especial énfasis en la obra y cronología de Esdras y Nehemías, la revuelta macabea, la observancia del sábado, el origen de los samaritanos y sus relaciones con los judíos, así como el origen y relación entre los distintos partidos judíos de la época (fariseos, saduceos y esenios).

Este período está bastante mal conocido, tanto por la falta de fuentes como por los datos contradictorios que aportan estas mismas fuentes. Y serán precisamente estas contradicciones las que permitirán al autor ofrecer hipótesis de tipo histórico que expliquen la existencia de las mismas. Así, las fuentes bíblicas se esfuerzan en situar el origen del judaísmo en la fecha más temprana posible, haciéndolo coincidir con la vuelta de los exiliados y las misiones de Esdras y Nehemías, que a su vez se relacionan con el período anterior, por medio del culto en el Templo y la obediencia a la Torá. Sin embargo, la información que nos ofrecen contiene numerosas contradicciones internas, tales que el autor ve en ellas la prueba de que estamos ante una modificación voluntaria y sistemática de los hechos presentados, y todo ello por motivos apologeticos. En realidad el origen del judaísmo, tal como lo presenta el autor, es notablemente diferente: El judaísmo no tendría su origen en la época persa, sino en la helenista, bajo el reinado de Antíoco III el Grande (223 - 187 a. C.); en su origen estaría desconectado del Templo; asimismo surgiría de ambientes que no tendrían ninguna conexión con el Pentateuco, como lo probaría la existencia de diversas tradiciones fariseas distintas y aún opuestas a la Ley (sábado, Pascua, oración, diezmos), cuyo origen habría que buscar en la influyente diáspora judía de Babilonia.

Una base sólida para la datación helenista del judaísmo la encuentra el autor en la importancia concedida al sábado. En efecto, el hecho de que Matatías permita a los judíos que se defiendan militarmente en sábado (1 Mac 2,41) no viene justificado con ningún comportamiento similar anterior. De hecho, en ningún otro lugar de la Biblia se hace la menor alusión a la compatibilidad o no del sábado y la guerra, a pesar de que el pueblo hebreo ha conocido continuos combates a lo largo de su historia. Todo parecería indicar que el problema que se plantea en ese momento (observancia del descanso sabático incluso en la guerra)

es nuevo, es decir, no tendría un origen preexílico, sino que habría que buscarlo más bien en la diáspora babilónica.

Este punto lleva al autor a estudiar el estatuto del sábado en el Pentateuco. Este conoce dos "sábados" distintos: un "sábado semanal", que se funda en el descanso del día séptimo (un cuarto de luna), y un "sábado lunar", que designaría la luna llena y las fiestas a ella asociadas. Normalmente se sostiene que el sábado semanal es una práctica muy antigua en Israel, pues se encuentra en el Decálogo (Dt 5,12-15; Ex 20,8-11), y en los Códigos de la Alianza, elohísta (Ex 23,12), yahvista (Ex 34,21) y sacerdotal (Ex 31,12-17), lo que parece implicar una existencia anterior al nacimiento de las diferentes fuentes. Sin embargo el autor sostiene que cuando el Pentateuco hace referencia al sábado se refiere al sábado lunar, y cuando no es así, se trata de añadidos posteriores, fácilmente eliminables, y que habría que relacionar con las tradiciones de la diáspora babilónica, con Nehemías, para quien el descanso del día séptimo es fundamental en su segunda misión (13,15-22), insistiendo en cerrar las puertas de la ciudad y todo negocio el día del sábado. Esto lleva al autor a postular la existencia de un Pentateuco que no contuviese ninguna referencia al sábado semanal. Este Pentateuco, cuyo contenido exacto queda sin precisar, pues no se indica si contiene o no el Deuteronomio, estaría relacionado con la Ley traída por Esdras, aceptada por los samaritanos, como lo indicaría la existencia del Pentateuco samaritano.

Esto lleva al autor a analizar el papel de los samaritanos, su relación con los judíos, y el surgimiento de los diversos partidos en el judaísmo. Sin entrar a analizar las complejas relaciones entre estos diversos grupos, bástenos indicar que serían los fariseos, portadores de tradiciones babilónicas no bíblicas, los que estarían en el origen de la reelaboración del Pentateuco para introducir en él el sábado semanal. En primer lugar tendríamos a los "hombres de la gran Asamblea", un grupo de repatriados venidos de Babilonia con antiguas costumbres no bíblicas, entre las cuales el sábado semanal, estos harían un trabajo editorial sobre la Biblia. Una generación después, Simón el Justo, en tiempos de Antíoco III, por consiguiente antes de la revuelta macabea, se esforzaría en conseguir una síntesis entre la Biblia y la tradición oral de origen babilónico; pero sus seguidores, enzarzados en disputas internas, dieron origen a las distintas sectas. Tal síntesis no se culminaría hasta la época tannaíta, sobre todo bajo la influencia de R. Aqiba.

En resumen, estamos en presencia de un libro denso, donde se analizan con detenimiento los diversos problemas planteados. Sin embargo, se evita el peligro de una excesiva atomización que haga perder el hilo del discurso por medio de frecuentes resúmenes en los que se va indicando la marcha de la investigación. El período analizado es de una gran importancia, y sin embargo lleno de interrogantes, debido a la naturaleza misma de las fuentes. Resulta, pues, bienvenido todo intento de arrojar luz sobre el mismo, aunque no se esté siempre de acuerdo con las hipótesis del autor. Es de subrayar la importancia que tiene para la exégesis

el problema de la datación del Pentateuco, cuya forma final es para el autor de una fecha tardía. Es de lamentar, finalmente, la ausencia de índices (nombres propios, citas bíblicas y rabínicas) que harían más cómoda su consulta, así como la bibliografía utilizada.

A. GARCÍA SANTOS

Antonio PIÑERO (ed.), *Orígenes del cristianismo. Antecedentes y primeros pasos* (Córdoba-Madrid, El Almendro - Univ. Complutense, 1991) 476 p. ISBN 84-86077-95-8.

El libro recoge los trabajos discutidos en el Curso de Verano de la Universidad Complutense de Madrid, celebrado en Almería en agosto de 1989. El editor, A. Piñero, expone en el prólogo el propósito y alcance de este libro: penetrar en las raíces cristianas que se han de buscar en el ámbito de ideas religiosas de la zona del Mediterráneo oriental en los siglos antes y después del nacimiento del cristianismo. La atención se centra en "el nacimiento de una nueva y vigorosa secta dentro del judaísmo... en un momento de efervescencia religiosa en la cuenca del Mediterráneo..." (p. 9). Se pone de relieve cómo el cristianismo fue "en buena medida, un fenómeno sincrético", hecho de aportaciones del judaísmo —la literatura veterotestamentaria y sus desarrollos hasta la literatura rabínica—, del helenismo —las filosofías platónica y estoica en particular— y de la gnosis, concebida ésta más como una atmósfera religiosa característica de la época que como una verdadera religión.

El editor ha llevado a cabo una verdadera labor editorial, al insertar entre las diversas colaboraciones toda una serie de notas editoriales, que dan unidad al conjunto del libro, que de otro modo, como suele suceder en las obras en colaboración, resultaría demasiado inconexo. Esta función la cumplen sobre todo las reflexiones "A modo de epílogo" sobre la pluralidad de enfoques manifestados en el mismo libro.

La primera parte del libro está dedicada al estudio de los "Antecedentes y condicionantes ideológicos" de los orígenes cristianos. Tras dibujar las circunstancias políticas, económicas y sociales, en las que se ha de enmarcar la predicación del Reino de Dios por Jesús, sin separación de religión y política (Shlomo Ben-Ami, "Palestina en el primer siglo de la era común"), se estudia el entorno religioso del cristianismo, primeramente el no judío, del cual el cristianismo pudo asimilar diversos materiales de la filosofía y de la religiosidad paganas (A. Piñero, "El marco religioso del cristianismo primitivo"), a través sobre todo de la mediación ejercida por la sinagoga helenística (José Montserrat, "El marco religioso del cristianismo primitivo"), y, seguidamente, el entorno judío, constituido básicamen-